

## EN LA CANONIZACION DE FRAY EZEQUIEL MORENO

### UN SANTO DE LA CONTRARREVOLUCION

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA

El 11 de octubre de 1992 el Papa Juan Pablo II canonizó en Santo Domingo al español Fray Ezequiel Moreno, obispo de Pasto (Colombia). Y lo propuso como «modelo para los pastores, especialmente de América Latina, que bajo la guía del Espíritu quieren responder con nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión a los grandes desafíos con que se enfrenta la Iglesia latinoamericana» (Homilía en la misa de canonización).

Sin embargo el nuevo santo no parece un modelo de novedades sino de tradiciones. Su nuevo ardor era el viejo ardor de los apóstoles. Sus nuevos métodos eran la oración, el sacrificio, la entrega permanente. Y su nueva expresión era la doctrina perenne de la Iglesia con muy especiales referencias al tan denostado *Syllabus* de Pío IX. Al que tal vez veamos también pronto en los altares.

Salvo que entendamos por novedad, tras el descalabro eclesial del posconcilio, lo que siempre había vivificado y santificado a la Esposa de Cristo y que cuando se arrumbó o marginó condujo al descaecimiento de nuestros días.

Porque este agustino recoleto nacido en La Rioja en 1848, formado en Navarra, misionero en Filipinas y Colombia y obispo en esta última nación es todo lo contrario de un obispo *moderno* y progresista. Y, sin embargo, que moderno y actual es casi todo lo que dice. Como si predicara para un siglo después. Es decir, para hoy.

«Siempre ha tenido adversarios la fe católica; en todas épocas se han presentado enemigos que le han hecho cruda guerra, y en todos tiempos ha luchado el error contra ella, valiéndose de toda clase de medios, aún de los reprobados por la sola decencia natural; pero nunca como en nuestros días se había visto esa

multitud de hombres animados de un odio sistemático contra ella, que no pueden disimular, y decididos a prescindir de sus enseñanzas en el gobierno de los pueblos, a regir las sociedades sin sus dogmas y preceptos, y a relegarla, de poder ser, a un completo olvido. Por todas partes se oye la voz de esos hombres infatuados con una vana ilustración; de esos maestros hijos del padre de la mentira; de esos emisarios del ángel del *non serviam*, prometiendo dicha y ventura a los pueblos, pero con la condición imprescindible de dejar la fe, de abandonar las creencias católicas, y de adorar los ídolos de la razón y libertad humanas que ellos presentan. Llenos de orgullo se presentan a los hombres como los únicos capaces de darles ilustración, adelantos, riquezas, felicidad, toda clase de bienes. Eso dicen en círculos y reuniones con lenguaje el más apropiado para seducir; eso repiten con frases estudiadas por calles y plazas; eso divulgan por medio de libros, folletos y periódicos, y eso propagan con una actividad pasmosa, digna de mejor causa» (*Cartas pastorales, circulares y otros escritos del Ilmo. y Rvdmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, obispo de Pasto (Colombia)*. Madrid, Imprenta de la hija de Gómez Fuentenebro, 1908, págs. 59 y 60). Sólo faltaba al obispo haber mencionado a la radio y a la televisión para hacernos creer que estaba hablando del día de hoy.

Y aún sigue el obispo: «Tratarán sus propagadores de ocultar cuanto tienen de absurdas y de horribles esas doctrinas, con los pomposos nombres de libertad, igualdad, fraternidad, ilustración, progreso y otros parecidos; pero los hechos han puesto ya en claro que el nombre de *libertad* no significa otra cosa que corrupción de costumbres; que el de *igualdad* es la negación de toda autoridad; que con el de *fraternidad* se ha derramado a torrentes la sangre humana; que *ilustración* es no tener Dios, ni religión, ni conciencia ni deber alguno, ni vergüenza siquiera; y que *progreso* es llegar a ser iguales al bruto, sin pensar en otra cosa que en multiplicar los goces, poner toda la felicidad en disfrutar de la materia y desterrar toda idea de espiritualidad» (página 62).

Si no era un obispo *moderno* tampoco lo era *pacífico*. «La paz

que se predica, por lo visto, reza sólo con los católicos. Estos deben guardar paz, cruzarse de brazos y dejarse dominar, robar, abofetear y matar de los liberales, que, como tienen *conciencia libre*, pueden hacer esas cosas. Si eso esperaban los masones y liberales, si se figuraban que nuestros soldados iban a contestar a sus cañonazos con algún sermón de los capellanes sobre mansedumbre cristiana, ya han visto que se han engañado; ya han probado, no una sola vez sino varias, que nuestros soldados, esos soldados que rezan y se preparan para el combate con confesión y comunión, saben dar muy duro y de veras al bulto, y no al aire» (pág. 241).

Así retrata el obispo a los partidarios de todas las cesiones ante los enemigos de la Iglesia que suelen ser por otra parte intransigentes con los hermanos que no comparten sus ideas: «Y esos católicos tolerantes, condescendientes, blandos, dulces, amables en extremo con los masones y furiosos enemigos de Jesucristo, guardan todo su malhumor para los que gritan ¡viva la Religión! y la defienden sufriendo continuas penalidades y exponiendo sus vidas. Al decir de los mismos, los que gritan ¡viva la Religión!, los que dicen que van a defenderla y los que los animan, son *exagerados e imprudentes*, que todo lo comprometen con perjuicio de los intereses de la Iglesia.

Si los *sabios y prudentes* no consiguen más de *sus amigos* los gobernantes masones, los *exagerados* tienen la culpa. Si esos gobernantes impíos dan leyes contra la libertad de la Iglesia, es *nada más* que por los católicos imprudentes. Si persiguen al clero, *este es el que los provoca*. Si expulsan religiosos, *estos fueron los causantes*. Y por más que la revolución, a cara descubierta y sin antifaz, lance sus ejércitos para destronar a Jesucristo, no quieren creer que sea *esencialmente satánica*, y antes bien se empeñan en persuadir a los pueblos que las intransigencias de ciertos obispos, las intolerancias de ciertos sacerdotes, los ataques de escritores católicos y exageraciones de los que militan en *el partido opuesto a los liberales*, son la verdadera causa de la persecución que los impíos hacen a la Iglesia. Si a estos se les tratara como a *amigos*, ¡cuánto se conseguiría para la Iglesia! Ni la cruel experiencia de

la impotencia de sus teorías y conducta han llegado a quitar a esos católicos sus ilusiones» (pág. 266).

¿No estáis viendo retratados a los católicos del diálogo con el marxismo, a los teólogos de la liberación, a los partidarios del *piccolo* divorcio o del aborto en algunos supuestos...?

Según el obispo «deben unirse los católicos para defender los derechos de Jesucristo y de su Iglesia en todos los terrenos que lo exija la justicia, y en especial en el terreno político religioso» (pág. 321).

El programa del nuevo santo hará estremecer a no pocos católicos incluidos obispos: «Esas aspiraciones de los enemigos de Jesucristo señalan lo que han de hacer los católicos. Deben sostener los derechos de Jesucristo donde aún son reconocidos y restaurar esos derechos donde hayan sido conculcados. Deben luchar contra todos los errores político-religiosos que tanto daño causan a la Iglesia y a la sociedad, hasta que lleguen a destruirlos. Deben trabajar para que acabe el imperio del liberalismo y venga el absoluto reinado de Jesucristo, de tal modo, que sea honrado en el templo y en el hogar, en la vida privada y en la pública, en los Tribunales de justicia y en las Cámaras legislativas, en los acuerdos de los Municipios y en los decretos de las autoridades superiores» (pág. 322).

Los últimos años del obispo se vieron amargados por una total incomprensión de la curia romana que le impuso silencios y vejaciones sin cuento que el obispo aceptaba con absoluta docilidad. Unas veces por motivaciones irenistas y otras por decisiones sin sentido y no pocas veces injustas, San Ezequiel Moreno pasó un verdadero calvario que le sirvió para purificar todavía más su alma de santo. Al igual que la dolorosísima enfermedad que le llevó al sepulcro en 1906.

Creo que tras todo lo expuesto se comprenderá fácilmente por qué he titulado este artículo *Un santo de la contrarrevolución*. Si efectivamente los obispos llegan a tomarle por modelo imitando sus virtudes ya reconocidas oficialmente por Roma la hora de la reconquista católica habría sonado. Pidamos, por intercesión del nuevo santo que el milagro se produzca.